



por la orilla de un río venía de gente en cantidad tras un médico, que después supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que había despachado sin razón antes de tiempo, y venían por hacerle que pareciese, y al fin por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo había sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacía muchas veces. Lleguéme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios se las habían untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legión de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traían á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros, que de miedo se hacían sordos; y aunque habían resucitado, no querían salir de la sepultura. En el camino por

donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza y preguntóles que adónde iban; y respondieronle:

«Al tribunal de Radamanto,» á lo cual, metiéndose más adentro, dijo: «Esto me ahorraré de andar después, si he de ir más abajo.»

Iba sudando un tabernero de congaja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo:

«Harto es que sudéis el agua, y no nos la vendáis por vino.»

Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacía sino decir:

«¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre?» Y los otros le decían (viendo que negaba haber sido ladrón) qué cosa era despreñarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luego los verdugos cerraron con ellos, di-

